CARTA DE RODOLFO WALSH A PRIMERA PLANA

El escritor argentino Rodolfo Walsh respondió, en una carta enviada al semanario *Primera Plana*, a las afirmaciones en declaraciones hechas a la misma revista por el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante contra la Revolución Cubana.

Dice Walsh en su carta:

"Aztarain, ten cuidado con los intelectuales —le dijo Dorticós a su ministro de bienes malversados. Guillermo Cabrera Infante sonrió y siguieron hablando de libros y revolución. El rejortaje pintaba a Dorticós como un liberal enemigo de toda forma de censura y a Cabrera Infante como a una especie de Jacobino que sugería prohibir la entrada a Cuba de ciertas novelas, "por malas", y excitaba el celo oficial con frases de Saint Just: "El revolucionario que hace las cosas a medias, no hace más que cavar su tumba".

Por esa época, ocho años atrás, Cabrera Infante era el espejo del intelectual de izquierda. Acompañante de Fidel Castro en sus viajes por las dos Américas, director de un hermoso semanario que se llamaba *Lunes de Revolución*, autor de unas viñetas guerrilleras que se convirtieron en *best-seller*, ningún escritor había dado en tan poco tiempo un salto tan grande. ¿Qué necesidad tenía el Gobierno de un agregado cultural en Bruselas? Es tema de conjeturas, pero allá fue Cabrera Infante.

De la revolución sólo había recibido lo mejor: un papel protagónico en los tiempos de euforia cuando La Habana consumía sus últimos esplendores; un exilio pagado en dólares en la Europa que él amaba, cuando desaparecieron los vinos franceses y los autos que se rompían empezaban a quedarse en la calle por falta de repuestos.

¿Qué pudo pasar con Guillermo, funcionario cubano en Europa, mientras La Habana se deterioraba? Perfeccionó su inglés y su gusto por el detalle estilístico y lingüístico, pero extravió, creo, la visión global de las cosas. Visitante en La Habana en 1965, olvidó lo que sabía como agregado cultural en Bruselas: que su país estaba en guerra contra el imperio más grande del mundo y una parte de esa guerra era el detergente que faltaba para lavar las fachadas de las casas y los antibióticos que faltaron para salvar a su madre. Ajeno a un proceso del que era propagandista; en 1965 descubre el subdesarrollo, y en 1968 lo dice. ¿Pero no lo sabía en 1960?

En 1960 La Habana era aún al resto de Cuba lo que es hoy el centro de Buenos Aires —la calle Florida, como él dice— a los ingenios tucumanos, a las atroces villas miseria que rodean, por ejemplo, la ciudad de Resistencia. Cuando en Misiones hablé con los tareferos que secan la yerba a 90 grados y mueren envejecidos antes de cumplir los treinta años, recordé a los carboneros cubanos de las ciénagas que interrogados por *Lunes* preguntaban qué cosa era la leche. Cuando en el interior de Corrientes conocía hombres adultos que nunca habían visto una ciudad e ignoraban lo que era un cinematógrafo, recordé a esos guerrilleros que al bajar de la Sierra tomaron por estrellas las primeras luces eléctricas que veían en su vida. Una enorme concentración de poder y riqueza por un lado, una pobreza negra por el otro. Ninguna de las dos cosas he visto al regresar a Cuba en 1968. La revolución no socializó la miseria, repartió mejor lo que había. En el trueque, La Habana perdió lo que ganaba el resto de la isla; los ricos, lo mucho que ganaron los pobres.

Esto es lo que Cabrera escamotea. Su visión es la del Escritor Sagrado, detenido en los problemas que puede tener un hombre (Cabrera) para tomar café. No se pregunta de dónde viene el café ni por qué falta, finge ignorar que la provincia de La Habana toma su café medido porque nunca lo produjo, y dejará de tomarlo medido cuando empiecen a producir los cincuenta millones de matas que acaba de plantar. "Caras hambreadas", dice. El Escritor Sagrado puede hablar de hambre sin recurrir a la minucia de las estadísticas: basta su palabra, un adjetivo. No importa que Cuba produzca hoy un setenta por ciento más de alimentos que en 1959; eso se desmiente con la descripción de una bocacalle. No importa que el consumo de harina y de trigo haya subido de 180 mil toneladas a 570 mil; el racionamiento prueba que la gente está hambreada aunque come más. No importa que la existencia de ganado vacuno haya subido de 4 millones a 7 millones de cabezas; los números son aburridos y la palabra vacuno es fea, como son feas las siglas de los ministerios cubanos y eran muy bellos los letreros de "Rent a Car", "Minimax", "Ten Cents" y "Two Twelve".

No me alegra, por supuesto, que Cabrera Infante haya tenido problemas con su pasaporte o su correspondencia, similares a los que muchos escritores latinoamericanos tenemos todos los días en nuestros países, sin considerarnos especialmente perseguidos. La revolución es un alzamiento de los más débiles contra los más fuertes, y cuando los más fuertes bloquean, aíslan, se vuelve fea, se vuelve sucia, se vuelve desconfiada. La revolución de los *Lunes* se transforma en la vida dura de martes a domingo. No lo ve a él, ni a su hermoso semanario, ni las erres al revés de la hermosa tipografía. Ve groseramente la tierra que hay que defender en Playa Girón, la leche y el pan que se ganaron peleando los carboneros. Es probable que la revolución lo trate a él, un artista, con injusticia. Pero es seguro que él no ve la historia y por eso afirma que la historia ha muerto. Para mí la historia nunca estuvo tan viva como hoy en Cuba. Pero aun la visión artística de Cabrera me parece errada cuando se detiene en sus enigmas con los repartidores de café y los burócratas y no ve a un hermano pueblo —el suyo— en la lucha con el nazismo de hoy, victorioso en sus campesinos de veinte años que han empezado a ser maestros e ingenieros, y a ser tan escritores como él, pero que saben cómo se planta el café, además de tomarlo.

¿No se puede escribir en Cuba? No defenderé yo a Lezama, ni a Carpentier, ni a Guillén, ni a Eliseo Diego. ¿Pero no son escritores su amigo Fernández Retamar, su amigo Pablo Armando su amigo Heberto? No, son zombies. ¿Tampoco son escritores los que vienen detrás, los que no tienen ninguna incurable llaga de no haber ido a la Sierra o a la milicia o a las campañas de alfabetización? ¿No se editan en La Habana, al mismo tiempo que en París sus libros? ¿Qué libros cubanos se publicaban en Cuba antes de 1959?

Pregunté por él apenas desembarqué en La Habana este año. Que Guillermo Cabrera Infante sea un escritor "underground" en Cuba es pura ficción. Todos los escritores con quienes hablé conocen sus tigres y algunos ya lo imitan. Heberto Padilla, a quien Cabrera cita, me contó que no desesperaba de ganar su polémica en favor de ese libro, de conseguir que se publicara allá. La descarga de Cabrera en *Primera Plana* perjudicará quizás ese intento. Pero es inútil y no muy evangélico que a la distancia Cabrera Infante tema "igual que tiene por su familia", por el Heberto Padilla que desde Cuba pregunta a los escritores:

¿Has puesto entre las nobles y útiles de tu gente, esas manos que tiemblan, que sólo saben escribir "me muero"?

Rodolfo Walsh

EXILIADOS

"En los canteros de El Vedado, que antes era un barrio elegante, crecen plátanos en lugar de rosas..."

C. L

Hay que admitir que si se pretende criticar, al mismo tiempo, a la revolución cubana, al socialismo y al pensamiento marxista, esta suerte de esteticismo de parques y jardines es un argumento bastante módico. Si bien Cabrera Infante toquetea otros, igualmente convincentes (aparatos checos de detección que se instalan en autos y garages, agentes capaces de leer los labios, etcétera), esa frase alcanza para entender la dirección de sus elaborados razonamientos. En este sentido, y siendo benévolos, podríamos decir que Cabrera Infante no tiene ideas: tiene pasiones. Indignado por los cambios que se operan en su país ha decidido levantar la voz contra la revolución. Esa furia es interior y le pertenece por completo nadie más que él, a su juicio, tiene que dar cuenta de ella. Sin embargo es fácil descubrir en su manera de perder la paciencia una respuesta política. Su indignación parece moral, pero tiene el mismo énfasis que la indignación política de los terratenientes, de los policías y financistas cubanos que viven en Miami. Pero Cabrera Infante prefiere otras compañías: Joyce, Miloz, André Gide. Por desgracia no estos espíritus selectos sino los "gusanos" quienes se dedican (cómo él) a lamentar los cambios que van disolviendo la antigua estructura que permitía a ciertas zonas exclusivas de La Habana ser una "versión cubana de Florida". Estos compañeros de exilio también se indignan (como él) por las violaciones que padece El Vedado. Tienen sus razones: ese santuario, como su nombre lo indica, les pertenecía sin intromisiones; cuando llegó la revolución, vivían en él dedicados al aroma de las rosas. Habían dejado a otros la tarea de cosecharles plátanos. Si hemos de creerle a su descripción del "ambiente de miseria, promiscuidad y olvido en que vivía el autor con su familia de cinco: de la habitación única de cuatro metros por ocho, de las letrinas comunes, de los días de café con leche en el desayuno, el almuerzo y la comida" (Cabrera Infante, prólogo a "Así en la paz como en la guerra", Ediciones R., La Habana, 1964), Cabrera Infante no comparta esa aterciopelada espiritualidad. Curioso circuito: de la sórdida promiscuidad de un bohío a los valores de la clase alta, y de ahí a la defensa de sus zonas sagradas. Podemos sospechar que Cabrera Infante, convertido en escritor, fue admitido, de vez en cuando, entre los dueños de la tierra, y que esa sociabilidad le fascinó. Ahora asume la indignación y los argumentos de la oligarquía cubana. Habla "por" ellos: es un modo —confía Cabrera Infante— de seguir entre ellos. No es casual entonces que haya terminado por repudiar a una revolución hecha, precisamente, en nombre de los que vivían en la miseria y la promiscuidad y contra los dueños de El Vedado. Tampoco es casual que el camino de su indignación vaya de lo particular a lo general, empiece siendo personal y acabe en una defensa de la propiedad, brote como una forma de coquetería y termine en el anticomunismo militante.

De todos modos, este anticomunismo de segunda mano se amordaza a sí mismo: es sabido (después del viejo Senador McCarthy después de FAEDA, después de los señoritos nerviosos y protegidos de "Cruzada") que las sutilezas de este pensamiento no buscan convencer sino intimidar; no discute, delata: en este sentido, Cabrera Infante conseguirá adherentes o adversarios. Unos y otros estaban desde antes; Cabrera Infante es el único que ha cambiado de lugar.

Por otra parte, ese cambio de lugar es también físico: la misma fascinación que lo lleva del bohío a El Vedado, lo transporta desde Cuba (Cuba en la que ya no hay coartadas, zonas encantadas desde las que rechazar la realidad, en la que es preciso asumir el subdesarrollo contra cualquier privilegio) hacia Europa, buscando un nuevo Vedado en el que ser admitido. Es aquí donde se hace necesario llamar la atención sobre una experiencia que coincide con ciertas propuestas que han surgido últimamente entre nosotros, especie de "programa" para el escritor latinoamericano que ha convertido el viaje de un grupo de escritores aislados (de distinta formación ideológica, en distinto momento de sus vidas y de sus obras, que viajan por motivos distintos), en una sola Travesía, en un descubrimiento de América al revés, que dejando atrás "el Aconagua, las pampas, las sabanas, los dos océanos" va hacia "Notre-Dame y Tate Gallery y el Sagrado Corazón de Gaudí": pasaje de la Naturaleza hacia el Espíritu, hacia un santuario en el que la espiritualización se logra por contagio: "a mi derecha la Brasserie Lipp, el antro de Joyce, de Hemingway, de Gertrude Stein; y más allá del Café de Flore, patria de Camus, de Sartre, de Simone de Beauvoir o el Deux Magots si estiras la cabeza: ahí tienen su campo de concentración los estructuralistas" (Severo Sarduy).